

OBITUARIO

Bernard Arthur Owen Williams (21 de septiembre de 1929-10 de junio de 2003)

Jane O'Grady*

El profesor Sir Bernard Williams, que ha muerto a los setenta y tres años de edad era, se puede mantener, el más importante filósofo británico de su tiempo. A él se debe la revitalización de la filosofía moral, que languidecía a pasos agigantados, así como su labor pionera en los debates actuales sobre la identidad personal, el yo y la noción de igualdad.

Deslumbradoramente rápido y devastador en las discusiones, era famoso por ser capaz de resumir los argumentos de otras personas mucho mejor de lo que podían hacerlo ellas mismas y por anticiparse a las objeciones de un antagonista a sus propias objeciones — y, a su vez, por plantear sus objeciones a ellos antes incluso de que hubiesen acabado de hablar. Extraordinariamente riguroso pero, con todo, maravillosamente no académico, su filosofía está impregnada por una característica voz filosófica —ingeniosa, erudita y humana—, por su propio sentido del humor y por su visión trágica de la vida. Como uno de sus estudiantes que más le admiraban ha observado, Williams hacía filosofía como parte integrante de su condición de ser humano.

Los filósofos, dijo Williams, “nos instan una y otra vez a que veamos el mundo *sub specie aeternitatis*, pero para la mayoría de los seres humanos tal especie no es precisamente lo mejor bajo lo que la vida pueda verse”. Su honestidad, sutileza y escepticismo lo impulsaron a evitar la tentación de construir un sistema monolítico, eludiendo tanto el poner etiquetas como el ser etiquetado.

Esto ha dado lugar a que algunos discutan sobre en qué consiste su contribución a la filosofía; los que lo hacen no se dan cuenta simplemente de cuáles eran sus objetivos. Williams quería encontrar un nuevo modo de hacer filosofía y, para ello, explotó y socavó de manera simultánea los límites filosóficos establecidos. Como habría hecho Derrida si fuese más inteligente y tuviese más respeto por la verdad, Williams se embarcó en la tarea de la reconstrucción. Al exhumar la filosofía moral de la tierra de nadie del análisis lógico y ahistórico y convertirla en una especie de antropología moral, se dio

cuenta de que los códigos morales y la escritura estaban incorporados de manera esencial en la historia y en la cultura y con ello puso en cuestión toda la “institución peculiar” de la moralidad que él consideraba un desarrollo particular (en el moderno Occidente) de lo ético.

Su tratamiento del relativismo moral es tan matizado que ha dado lugar a especulaciones sobre hasta qué punto Williams era un relativista. Pero él mismo ponía furiosos a muchos filósofos al aplaudir los deseos de la Ilustración de alcanzar la objetividad científica y “la concepción absoluta de la realidad”.

Instando a retornar a las olvidadas pretensiones de la emoción, la motivación y la pura suerte por lo que respecta a la moralidad, y subrayando la importancia tanto de las razones “internas” como “externas”, Williams extendió la filosofía moral desde la obsesión excesivamente teórica por la obligación moral hacia las latitudes helénicas de la ética —vivir una vida buena al completo—. Tanto el utilitarismo como el kantismo —que usualmente se ven como teorías morales opuestas— fueron por igual el blanco de su ataque: cada una de ellas reclamaba por igual universalidad objetiva y un único principio de cálculo para la moralidad. (El utilitarismo dejó de ser el paradigma de teoría moral después de su crítica.)

Con todo Williams era un iconoclasta de la iconoclasia: mientras que todos los grandes filósofos anteriores afirmaban que eran capaces de presentar un método que pondría fin a la filosofía en una generación, él puso de manifiesto la locura que encerraban tales intentos. Dedicado al pluralismo y a librar a la filosofía de preconcepciones, Williams se concentró de manera exquisita en la riqueza de cómo son efectivamente las cosas.

Williams nació en Westcliff, Essex y se educó en Chigwell School. Cuando estudiaba *greats* [literatura clásica y filosofía] en el Balliol College de Oxford, ya era toda una figura. Los estudiantes de los primeros cursos de políticas, filosofía y económicas que, siguiendo la moda al uso, despreciaban los cursos tutoriales de los catedráticos como mera pérdida de tiempo, se juntaban en la *junior common room* para tomar apuntes mientras su compañero dirigía improvisados seminarios de filosofía. Su concentración recaía sobre el aspecto filosófico de los clásicos y despreciaba hasta tal punto el elemento histórico que presumía de necesitar parte del tiempo de sus exámenes finales de historia para estudiarla; llegó con veintinueve minutos de retraso al examen (un poco más tarde hubiera sido inadmisible) llevando en el ojal una flor blanca de magnolio.

Después de graduarse con extraordinarias calificaciones, Williams hizo su servicio militar en las Reales Fuerzas Aéreas (RAF). El año que pasó tripulando los *spitfires* fue, dijo alguna vez, el año más feliz de su vida. Tenía fama de ser un piloto de aviones de caza muy diestro y también le encantaba conducir coches veloces. A su vuelta a Inglaterra a los veintidós años, fue elegido *fellow* de All Souls, pero abandonó Oxford para incorporarse al University College de Londres y, más tarde al Bedford College, principalmente,

se decía, por buscarle acomodo a su mujer la política Shirley Williams, más tarde Baronesa Williams de Crosby.

Ellos dos, y muy pronto su hija, fueron a vivir a una espaciosa casa en Kensington con el agente literario Hilary Rubinstein, su mujer, sus cuatro hijos y varios huéspedes durante lo que parece que fue una convivencia de diecisiete apacibles años durante los que la única fricción (efímera) que se produjo fue la que tuvo que ver con el color con el que habría de pintarse el sótano. En los *parties* Williams era un huésped acaparador, un huésped que a menudo causaba embotellamientos alrededor del frigorífico cuando toda la gente que estaba reunida pugnaba por entrar en la cocina para oírle hablar de metafísica.

En 1972 Williams (por entonces Knightbridge *professor* en Cambridge) publicó su primer libro, *Morality: An Introduction to Ethics*¹. Fustigando la vacuidad de la filosofía moral tal como se practicaba entonces, diagnosticó que tal filosofía tenía su “modo original de ser aburrida: no discutir en absoluto los problemas morales”. El usar casos triviales o no problemáticos a modo de ilustración —argumentaba en una charla de radio— puede ser adecuado en una rama de la filosofía como la teoría del conocimiento, pero no en filosofía moral donde “la categoría de lo serio y de lo trivial es ella misma una categoría moral”.

Al año siguiente dio a la imprenta *Problems of the Self*, una colección de artículos, algunos de los cuales habían sido escritos cuando era un veinteañero. Al igual que el gran David Hume, Williams transmitía el sentido regocijante y regocijado de un joven que piensa liberado de preconcepciones y fórmulas con una destreza vertiginosamente libre.

En ese mismo año compuso también su crítica del utilitarismo que contenía dos famosos ejemplos que son ahora el tema de innumerables tesis doctorales. En uno de ellos Williams imaginaba a un hombre, Jim, que se encuentra en la Plaza Mayor de una pequeña ciudad de América del Sur ante una cuerda de presos compuesta por veinte indios. El capitán que ha aplastado su rebelión declara que si Jim, como honorable forastero que es, mata a uno de los prisioneros, al resto se le permitirá marchar libres y sin cargos; si no lo hace, todos morirán tal como estaba previsto.

De acuerdo con el utilitarismo, que considera que la bondad de una acción reside en la cantidad en que incrementa la suma total de felicidad, Jim no tiene problema alguno; simplemente debería matar a uno de ellos. Pero como mostraron tanto el caso presentado a modo de ilustración como la argumentación de Williams, existe un problema. La “distinción entre que yo mate a alguien y el que esto suceda porque lo que yo haga impida que otro los mate” es crucial, pero para el utilitarismo cada uno de nosotros es meramente una especie de tubería impersonal que logra efectos en el mundo. De este modo, la vida humana se desnuda de todo lo que la hace digna de ser vivida y no puede dar cuenta de manera suficiente de la integridad de cada per-

sona, de los proyectos que son centrales en la vida de cada uno o de las obligaciones especiales de lealtad a la familia y a los amigos.

Para el propio Williams tales cosas eran muy importantes. Pronto a rechazar con impávida acritud tanto la pomposidad como los malos argumentos, pero practicando con deleite el chismorreo infamante, era también tolerante, amigo diligente, padre devoto y un maravilloso profesor muy querido por sus estudiantes. Ayudó a Shirley Williams en su trabajo de campaña y continuó siendo generoso con su tiempo poniéndose al servicio de la política después de que su matrimonio fracasara en 1974. Fue miembro de varias comisiones oficiales que se ocupaban de la mayor parte de los vicios humanos, incluyendo el juego, el abuso de las drogas y la pornografía. Reconciliando de alguna manera los dispares puntos de vista de los 12 miembros del comité sobre la obscenidad y la censura cinematográfica logró presentar en noviembre de 1979 un informe bellamente desapasionado, astuto y pragmático sobre este problema emotivo gran parte del cual fue escrito por su propia mano.

Williams afirmaba que las recomendaciones del comité, de llevarse a efecto, limpiarían de pornografía el Reino Unido. Entre otras cosas, prohibían la pornografía en las tiendas a las que tuvieran acceso los niños y el público no consciente de que iban a toparse en ellas con ese tipo de material. Al mismo tiempo, permitían que la pornografía fuese exhibida en cines muy concretos y bajo un sistema de licencias especiales.

Desgraciadamente, la Sra. Thatcher acababa de llegar al poder, de modo que las propuestas del comité fueron ignoradas por demasiado liberales aunque, en última instancia, muchas de ellas fueron puestas en práctica de modo parcial. A Williams nunca se le reconoció su trabajo ni se le llamó durante los años de Thatcher para formar parte de nuevo de comisiones oficiales.

Sin embargo, formó parte del Consejo de la Ópera Nacional Inglesa durante dieciocho años. Escribió sobre música con una intuición y erudición características y su escrito sobre ópera en el *Dictionary* de Sir George Grove se considera por los entendidos como el mejor de su género. Lo que le gustaba de la música, decía, era su capacidad de producir, por medio de estructuras abstractas, un material de gran belleza y expresividad que puede transmitir de manera efectiva tanto los sentimientos humanos como las cosas que importan terriblemente. Leyó una y otra vez *Ana Karenina* y, de alguna manera, su propia obra puede considerarse, al igual que la música y la literatura, como un modo de llevar al lector a una nueva visión del mundo.

Williams rechazaba con desdén la antítesis que se hace incesantemente entre los dos estilos de filosofar: el analítico riguroso y el continental literario. Decía que también se podía comparar un coche con tracción en las cuatro ruedas y un coche de fabricación japonesa (una confusión categorial de metodología y geografía). Michael Tanner, el nietzscheano de Cambridge, recuerda cómo en los sesenta Williams tomó en sus manos su ejemplar de *Más*

allá del Bien y del Mal y le preguntó: “¿Por qué pierdes el tiempo en esta basura que cualquier tonto podría haber refutado?” Pero Williams siempre estaba dispuesto a cambiar de opinión y pronto quedó cautivado por Nietzsche de quien decía que no podía dejar de citar cada veinte minutos.

Aún más inusualmente, Williams admiraba a Foucault y a Derrida pero, al mismo tiempo, fue también uno de los primeros entusiastas del filósofo analítico americano Donald Davidson. De hecho, se anticipó a lo que él llamaba “el boom davidsónico, el ruido que hace un programa de investigación cuando impacta en Oxford”. Fue a la vez instigador y líder de lo que era importante en filosofía.

De 1979 a 1987 Williams desempeñó el cargo de *provost* del King’s College, Cambridge y se dice de él que, ya desde muy temprano, fue responsable en gran medida de que el King’s fuera el primer *college* de Cambridge que admitiese mujeres entre sus miembros. Al final de los ochenta, asqueado por la destrucción filisteá por parte de la Sra. Thatcher de la vida académica británica, levantó el campo y aceptó una cátedra en la Universidad de California, Berkeley, afirmando que en su país no se podía desarrollar un trabajo intelectual serio (aunque había dado a luz recientemente sus mejores libros *Moral Luck* (1981) y *Ethics and the Limits of Philosophy* (1985)). Su respuesta a la acusación obvia fue que no sólo las ratas tenían derecho a abandonar los barcos que se hunden, sino también los pasajeros humanos. Al final, sin embargo, volvió a Oxford diciendo que no se sentía cómodo en los Estados Unidos.

Una de las aspiraciones de Nietzsche que Williams emulaba de manera confesa era decir en una sola página tanto o más de lo que mucha gente dice en un libro entero. Se le acusaba algunas veces de comprimir indebidamente sus párrafos (algo que él reconocía) y de tener una claridad de estilo engañosa a la que subyacía una gran oscuridad. Una desventaja quizás de su rapidez e instinto era su impaciencia para la argumentación detallada y cuidadosa, su renuencia a recrearse en ella, su preferencia por apuntar hacia las ideas de manera económica e ingeniosa sin enunciarlas de modo preciso, defenderlas o desarrollarlas. Por ello, sus posiciones quedan abiertas a la interpretación —y, por supuesto, a la mala interpretación—.

Una de sus mayores contribuciones a la filosofía moral, la noción de razones internas y externas, se entiende (como él se quejaba) de manera altamente errónea. Lo mismo sucede con su tratamiento, en *Ethics and the Limits of Philosophy* de la cuestión tan disputada de si la ética es objetiva que, a menudo, se toma como un simple escepticismo moral.

En éste, su gran libro, Williams argumentó que los conceptos éticos “gruesos”, los que se parecen a los hechos (pongamos por caso “valor” o “crueldad” como opuestos a conceptos éticos “delgados” como “bueno”) eran en tan gran medida una parte de la imagen del mundo de las sociedades tradicionales en las que se los contaba como “porciones de conocimiento”. Pero,

decía, la reflexión y la teoría, al mostrar que no están fundamentados en los hechos científicos, han hecho que disminuya la “confianza” que alguna vez se depositó en que tuvieran tal estatuto. De este modo “hay conocimiento que puede perderse, no sólo conocimiento que está siendo olvidado”, conocimiento que una sociedad no puede compartir con otra que es histórica o culturalmente remota.

Con todo, aún si no podemos compartir el conocimiento de otra sociedad, argumenta Williams, podemos, en cierta manera, comprenderlo e incluso, en el caso de los antiguos griegos, podemos llegar mediante su estudio a alcanzar una mejor comprensión de nosotros mismos. Su examen erudito del pensamiento griego antiguo en *Shame and Necessity* (1993) era ante todo un intento de “distinguir entre lo que pensamos y lo que pensamos que pensamos” (lo mismo que su meticuloso estudio sobre Descartes² era al mismo tiempo un estudio de teoría del conocimiento).

La ética helénica, argumentaba Williams, permite un espacio de discusión para el elogio y la censura mucho mayor que las éticas basadas en el cristianismo (concentradas de manera sofocante en el libre albedrío, la obligación y la responsabilidad personal). Además, tal ética se ajusta de manera más exacta a nuestras intuiciones. La vergüenza puede ser más sofisticada, interna y honorable que la culpa moral sobre la que, de manera común, se vierten las alabanzas. La suerte y la belleza, no meramente el motivo y la obligación son, aunque injustamente, esenciales para nuestra estimación de la acción.

Por poner un caso: el abandono por parte de Gaugin de su familia, aunque puede argumentarse que merece un reproche, puede también argumentarse que estaba justificado puesto que logró producir cuadros muy bellos. Si no hubiera logrado producirlos, hubiera hecho realmente algo equivocado. “Mientras que algunas veces estamos guiados por la noción de lo que sería el mejor de los mundos en el que la moralidad fuese universalmente respetada [...] tenemos de hecho razones profundas y persistentes para estar agradecidos de que no sea ése el mundo que tenemos”.

Con su consideración para lo que es no académicamente significativo, Williams abordó en los últimos tiempos la tendencia relativista contemporánea que socava la noción de verdad. Su último libro *Truth and Truthfulness* (2002) analiza el modo en que Richard Rorty, Derrida y otros seguidores de la moda foucaultiana políticamente correcta desprecian cualquier pretendida verdad como ridículamente ingenua porque resulta inevitablemente distorsionada por el poder, el sesgo de clase y la ideología. Allí explora “la tensión entre la búsqueda de la veracidad y la duda de que haya (realmente) alguna verdad que pueda encontrarse. De manera inusual para un libro de filosofía, Williams hace que el lector se ría a carcajadas o le entren ganas de llorar.

Williams se considera a menudo como un filósofo “anti-teórico” pero, paradójicamente, a la vez que defendía que la filosofía moral no podía cam-

biar nada, mostró, alterando el modo en que la hacemos, que podía cambiar cosas. Reflexionando sobre cómo la reflexividad moral mata el conocimiento moral esperaba que la filosofía moral pudiese, de alguna manera, ayudarnos a vivir. Tanto en sus intervenciones habladas como escritas su imaginación controlada lanzaba de soslayo dardos de brillantez sobre áreas insólitas y su erudición era cautivadora de puro graciosa, jamás pedante, siempre ligada a la vida y empeñada en el propósito de iluminar.

El propio Williams, dijo de él un amigo, era una fuerza de la naturaleza que estaba más allá (de las valoraciones) del bien y del mal. Después de hablar con él uno marchaba encantado pero también insatisfecho —con la determinación tomada de vivir más intensamente y también más en alerta, como él hizo—. Aunque parecía que estaba perpetuamente encantado con la vida, había un fondo de descontento y desesperación en el corazón de su filosofía y de él mismo. La velocidad de su intelecto y de su conciencia lo colocaban en un engranaje y en una velocidad distinta de la de los demás. A pesar de su carácter gregario y de toda su hilaridad, era un hombre solitario.

NOTAS

* © Jane O'Grady. Agradecemos a *The Guardian* su amable permiso para reproducir este artículo.

¹ Existe versión castellana con el título *Introducción a la Ética*, Madrid, Cátedra, 1988.

² Existe versión castellana con el título *Descartes. El Proyecto de la Investigación Pura*, Madrid, Cátedra, 1996.